

CAPITULO X.

CAIDA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

1643.

Situacion interior de España.—Ineptitud del ministro.—Distracciones del rey.—Corrupcion de la corte.—Bailes, toros, comedias, banquetes, disipacion, desmoralizacion pública.—Miserables providencias del conde-duque.—Cúlpanle de todas las desgracias y calamidades de la nacion.—Conjuracion para derribarle del poder.—Cómo se preparó su caída.—La reina.—Doña Ana de Guevara.—Otros personajes que á ella ayudaron.—Caída del conde-duque.—Billete del rey.—Retírase el de Olivares á Loeches.—Júbilo del pueblo.—Muere el conde-duque de Olivares en Toro.—Cuán funesta fué á España su privanza.

Eran ya los males de España demasiado graves para ser con resignacion sufridos, y el gobierno del ministro Olivares demasiado funesto para ser con paciencia tolerado.

La pérdida de Portugal y la humillacion de las armas nacionales en Cataluña, estos dos sucesos calamitosos, ignominia el uno y bochorno el otro del gobierno que no habia sabido ni prevenirlos ni enmendarlos, habrian podido parecer algo menos dolorosos, si las desgracias interiores de la monarquía hubieran

estado, como en otros tiempos, compensados con la gloria que allá en otras naciones ganaban las banderas españolas, alcanzando triunfos, conquistando provincias, abatiendo reinos, y levantando muy alto el nombre español y el predominio de la corona de Castilla. Pero allá se iba nublando tambien nuestra estrella, y si no tan opaca como en los dos extremos de España, tampoco nos lucía con el fulgor de la prosperidad.

En Italia nos abandonaban los que creíamos nuestros mas firmes aliados y nuestros mejores y mas útiles amigos, y hasta los pequeños príncipes que habian sido de antiguo vasallos nuestros desamparaban nuestra decaída causa y se unian á los franceses. En Flandes, donde se habian fijado los ojos y las esperanzas de los españoles, como que era donde se hallaban recogidos los restos de aquellos formidables tercios formados en la escuela del duque de Alba, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, si bien se sostenia aún, con mas gloria que fortuna, el buen nombre de la bandera española, la pérdida del cardenal infante, que con tanta prudencia habia gobernado aquellos paises, fué una de las desdichas mayores que en aquellos años fatales experimentamos.

Parecia presagiarse ya el abatimiento que habian de sufrir nuestras armas en Rocroy; y de éste y de otros infelices sucesos, de que adelante habremos de dar cuenta, y que los desaciertos del gobierno habian producido ó preparado, parecia ser fatídico anuncio

el disgusto que se habia ido apoderando de todos los corazones. Por lo menos se veia que en lugar de aquel prometido engrandecimiento que en el principio del reinado habia hecho esperar el de Olivares, blasonando de que habia de hacer señor al monarca y señora la nacion del mundo entero, iban siendo muchas las calamidades y afrentas, muchos los infortunios y quebrantos que estaba sufriendo España.

Aun habria podido esperarse algun remedio á ellos, con un monarca que supiera ser rey, con un gobierno mas prudente y enérgico, con un ministro mas accesible y dócil á los consejos, menos orgulloso y menos aborrecido, y con una córte menos corrompida y menos disipada. Pero el alma se agobia cuando apartando la vista de los campos de batalla en que se perdian reinos y se recogian humillaciones, volvemos los ojos á ver lo que entretanto en la córte pasaba. Y la encontramos siempre como embriagada en banquetes y festines, dada á las galas y al lujo, á los toros, á las comedias, y á otros mas deshonestos y repugnantes entretenimientos y espectáculos. Era sistema del ministro favorito tener constantemente distraido y como fascinado al rey con juegos y diversiones, frívolas por lo menos, cuando no eran inmORALES. Cualquier pequeño triunfo, el rumor solo de un suceso próspero, servia de pretesto al conde-duque para disponer festejos con que entretener al soberano y hacerle olvidar los negocios y las desgracias. Falta-

ba dinero para la guerra, pero buscábase para levantar teatros como el del Buen Retiro, donde entre comedias, fiestas y bailes los reyes solian perder simultáneamente el tiempo y el decoro. Si de los pueblos no podia ya sacarse, porque estaban exhaustos, tomábase la mitad siquiera de lo que venia de Indias, aunque fuese de particulares, como se hizo con lo de la flota que arribó en 1639. Verdad es que habia dado el ejemplo Felipe II., pero aquel al menos lo enviaba allá donde tenia soldados que le conquistaban paises.

Cierto que, como dijimos ya en otra parte ⁽¹⁾, con esta aficion al recreo escénico, habia prosperado el arte dramático, florecian los poetas y los ingenios, y los antiguos y pobres corrales de comedias se iban convirtiendo en lujosos teatros. Pero mejor hubieran parecido las escelentes comedias de Calderon y de Moreto, si con ellas se hubieran podido celebrar los triunfos de nuestras banderas y no las derrotas de don Pedro de Aragón y del marqués de Leganés; bien las galerías llenas de engalanadas cortesanas en celebridad de conquistas, y no cuando se perdian ciudades y reinos. Nadie hubiera imaginado esto al ver representarse una comedia de magia sobre el estanque del Buen Retiro, con el aparato y los gastos que supone la tramoya de máquinas y decoraciones, fundadas, ya sobre el mismo lecho del estanque, ya sobre

(1) Véase nuestro cap. IV.

barcas que iban al mismo tiempo navegando. La misma reina Isabel de Borbon habíase dado á la afición de las comedias hasta el punto de degenerar ya sus gustos en verdaderos caprichos, que los cortesanos con degradante adulacion se apresuraban á satisfacer. Si mostraba agradarle que se silbáran las comedias, una turba adulatora las silbaba todas, fuesen malas ó buenas. Para que viera lo que pasaba en la localidad de los corrales que llamaban *cazuela*, donde iban mugeres de cierta clase del pueblo, llevábselas al teatro del Buen Retiro, y hacian de modo que se insultasen y riñesen hasta arañarse el rostro y mesarse los cabellos; ó bien soltaban entre ellas reptiles que las asustáran, para que se divirtiera la reina con los gritos y el desórden y la algarazara que se movia ⁽¹⁾.

Y esta era la parte de costumbres que al fin tenían su principio y fundamento en un arte noble, de cuyos adelantos en este reinado cupo no poca gloria á España. Que otras, y eran las peores, ni nacia de ningun noble principio, ni podian traer sino desdoro y deshonra: y estas tenían contaminada, á ejemplo de la córte, la nacion entera. Un escritor moderno describe el siguiente cuadro de la inmoralidad de aquella época, al cual, por exacto, nada añadiremos

(1) Fiestas memorables de Madrid. Soto y Aguilar: Relacion de fiestas celebradas en Madrid: MS. —Descripcion de varias fiestas, MM. SS. de la Biblioteca Nacional.

nosotros, aunque todavía podríamos ennegrecerle. «No habia, especialmente en Madrid, ni decoro, ni moralidad alguna; quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban los rasgos distintivos del antiguo carácter español, es cierto; pero no las virtudes. Pintó don Francisco de Quevedo con exactitud los vicios de aquella época nefanda; no hay ficcion, no hay encarecimiento en sus descripciones. Tal franqueza no podia pasar entonces sin castigo, y asi los tuvo el gran poeta con pretestos varios, entre los cuales hubo uno infame, que fué correr la voz de que mantenía inteligencias con los franceses. La verdad es de que halló medio de poner ante los ojos del rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al conde-duque. Siguióle el aborrecimiento de éste hasta el último día de su privanza, y asi estuvo Quevedo en San Marcos de Leon durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo, cargado de cadenas y sin comunicacion alguna. Aun fué merced que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, porque todo lo podia y de todo era capaz el orgulloso privado. Pero mientras aquel temible censor pagaba sus justas libertades, la córte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ello hervia España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aqui muertes, y ejercitábase notoriamente el

oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse en público monjas ni más ni menos que mugeres particulares; eran diarios los desafíos, y las riñas, y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horrendas tragedias.... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar su muger para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiera el alma....; éste, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del pálido del Santísimo, y allí mismo era muerto; el otro no despertaba de noche sin sentir puñaladas en su almohada y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprensión ú ofensa.... En quince días hubo en Madrid solo ciento diez muertes de hombres y mugeres, muchas en personas principales.... (1).»

No pueden ciertamente designarse como medios para corregir los vicios, pero los mencionamos por no hallar otros, una pragmática prohibiendo con graves penas los juramentos sino en los actos judiciales y para el valor de los contratos; otra para que ninguna muger anduviera tapada, sino con el rostro descu-

(1) Canovas: Decadencia de España, Felipe IV., lib. VI.— Quevedo, en sus obras satíricas y festivas, y aun en las filosóficas y graves, dibuja á cada paso cuadros bien tristes y sombríos de las costumbres inmorales, no sólo de la corte y de los cortesanos, sino de todas las clases de la sociedad; cuadros que no dejan menos amargura en el corazón porque los engalane á veces con los chistes y agudezas propias de su ingenio.

bierto, de modo que pudiera ser conocida; costumbre á cuyo abrigo se cometían no pocos excesos, y que costó mucho trabajo desarraigar en España; otra mandando que ninguna muger, de cualquier calidad que fuese, pudiera traer guardainfante ú otro trage parecido, escepto aquellas «que con licencia de las justicias eran malas de sus personas;» y un pregon prohibiendo á los hombres usar guedejas y copetes, y los rizos con que se componían el cabello, «que ha llegado á hacer, decia, el escándalo de estos reinos (1).»

Difícilmente se comprenderán tan fútiles medidas como remedios para tan graves males, si no encontráramos para remediar la pública miseria tan pobres recursos como para corregir la pública moralidad. Para acallar los clamores suscitados por la escasez de numerario parecia no hallar otro expediente el conde-que que el continuo cambio del valor de la moneda, y así á las que de años anteriores hemos citado, podemos añadir ahora la pragmática de 31 de agosto de 1642, mandando que la moneda de vellón que hasta aquella fecha habia corrido por doce y por ocho maravedís valiera en adelante dos, y la de seis maravedís uno solo: medida que lejos de remediar nada, escandalizó mucho y causó la mayor confusión y desorden; y tanto que no vendiéndose ni aun los artícu-

(1) Todas estas pragmáticas son de 12 de abril de 1639.

los de primera necesidad llegó á no encontrarse qué comer en Madrid ⁽¹⁾.

Tiempo hacia que no solamente los hombres pensadores como Quevedo, sino todo el que no carecía de comun sentido señalaba como la causa de todos los males y desgracias de la nacion al conde-duque de Olivares, por su ambicion y su vanidad, por su ineptitud y sus desaciertos, y si se quiere no tanto por su maldad, que no podia decirse un hombre malvado, cuanto por su mala estrella para el gobierno, y por su obstinacion en mandar siempre y disponerlo todo. Era el sentimiento y la conviccion pública que la nacion marchaba precipitadamente á su ruina por culpa del ministro favorito; hacia años que dominaba esta persuasion, y cuanto mas se mantenía en el favor el privado, mas aborrecible se hacia al pueblo. No habia quien no ansiara su caida, sino un corto número de sus favorecidos: fuése formando contra él una tempestad terrible, aunque sorda, porque en tanto que se veía al rey completamente supeditado al ministro, nadie se atrevía á intentar de frente derribarle, toda vez que contaba por segura su perdicion, y solo algun hombre del pueblo, cuando ya no le cabía en el pecho el encono, solía salir al encuentro al rey, y sin aprension y con rústica franqueza le decia que el reino se arruinaba sin remedio, y que la causa de todo era

(1) Pragmáticas y otros documentos del reinado de Felipe IV.: Coleccion de MM. SS. del Archivo de Salazar, tom. XXVII.

el de Olivares, lo cual, como dicho de un rústico, no pasaba de servir de entretenida conversacion por unos dias en la córte.

Sin embargo ya en 1639 hubo quien tuvo valor para dar al rey un memorial que entonces se decia, en que se señalaban las causas del mal estado del reino y del descontento general, y entre ellas se designaban: la continúa peticion de donativos; la venta de oficios y de hábitos sin exámen y por dinero; que las pagas consignadas en juros las cobraban los ministros, pero no las empleaban en servicio del reino; que el dinero que llegaba de Indias á los puertos se lo tomaban á los comerciantes á título de que era para S. M.; que S. M. no veía ni sabía lo que hacian sus ministros; la gran suma de ducados que sacaban de Portugal para Castilla; los gastos enormes y superfluos que se habian hecho en la construccion del Buen Retiro; las haciendas que se quitaban á los vasallos, así seglares como religiosos; y otras varias por este orden, cuya responsabilidad recaía principalmente sobre el conde-duque de Olivares ⁽¹⁾.

Cuando ya los reveses de la monarquía fueron tantos y tan de bulto, que del mismo rey, indolente como era, no pudieron pasar desapercibidos; cuando ya observaron los cortesanos, muy linceos siempre en esta clase de observaciones, que el rostro del monar-

(1) Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos, H. 72.